

LA CRÓNICA

El buen muchacho

ARCADI ESPADA

Diez años se acaban así, con un chasqueo de los dedos, una mirada cómplice hacia el infinito —o sea hacia uno mismo— y los aplausos de los compañeros desde el otro lado de la pecera. Josep Cuni acaba de leer un texto breve —dos minutos escasos—, un texto donde explica que se va a aprender —a América— y donde desea suerte a Antoni Bassas y Josep Puigbò, que desde la semana que viene van a coger el relevo. Cuando se levanta de la silla, el taxista 7.547 golpea los vidrios del estudio —una planta baja de la Diagonal—. Llama la atención del que se va y le muestra un papelillo escrito con pocas palabras: "Tesperem". Parece un homenaje muy espontáneo. En realidad, la despedida de Cuni —y es una despedida fuerte: adiós a 10 años, adiós a medio millón de audiencia matinal— responde a los mismos rasgos que su programa. La despedida de un hombre educado, amable, con sentido común, que deja la vanidad y el discurso fuera de *micro*. Un hombre que lleva trabajando desde los 17 años, que ha plantado cara muy eficazmente a las enormes máquinas comunicadoras de la radiodifusión matinal española, que ha conseguido reflejar en su programa la *otredad* de Cataluña respecto a la actual retórica ibérica —la vieja *filmína del oasis catalán*, siempre en peligro, *sin embargo*, de acabar convirtiéndose en el pantano catalán—; un hombre, en fin, que dice aplicarse la sencilla máxima de un cura al que trató en su *mili* de la base de Gando, "nunca pasa nada y cuando pasa no tiene importancia".



Josep Cuni, ayer en el estudio de Catalunya Ràdio, despidiéndose.

Cuni se va a América. Se va a expansionarse, que se decía en tiempos. ¿Por qué se va? Bueno, tiene 41 años y es edad delicada, y ha triunfado, que se dice, en esta vida. Y cuando uno triunfa, siempre considera que la gente le trata peor de lo que debiera tratarle. La gente, los jefes. Y a veces acierta. Piensa que la Corporación no se ha portado con él a la altura de lo que su liderazgo de audiencia dicta. Tal vez haya dinero por medio, aunque no acabo de creerlo. Lo que sí es cierto es que a Cuni, por ejemplo, le hu-

bera encantado que esas páginas de publicidad que se marcó la Corporación en los diarios hace algunas semanas, se hubieran producido mucho antes. Esas páginas para la gente del éter son como el fuego del hogar: reconfortan y acarician. Todos los grandes las tienen. Curiosas páginas las que al final le hicieron, pagadas e impresas cuando él ya había anunciado que se iba. No sabría decir qué le ha dolido más de ellas: si el retraso, si su lema equívoco —"nos hemos quedado solos", decía el lema con la

voluntariosa intención de describir la soledad que se vive en la cumbre—, o ese talle de hombre *cortefiel* con que lo fotografiaron. Esas páginas tardías y chuscas, en efecto, simbolizan el cierto desencuentro que ha habido en estos últimos tiempos con sus patrones. Ya veremos en el próximo otoño. Cuni se va sin nada firmado sobre el retorno. Hubiera preferido, también en eso, otro trato. Le siguen tratando como al buen muchacho. Y está ya un poquitín crecido y harto.